



PROYECTO FINANCIADO
POR EL FONDO DEL
LIBRO Y LA LECTURA

Laudes
xelsoi

© 2025 de la obra por xelsoi
© 2025 de la primera edición en Chile
por Laboratorio editorial IMAGINISTAS

Primera edición, 2025
ISBN 978-956-6240-14-3

IMAGINISTAS

Edición de Martín Torres-Zuleta
Maquetación y diseño de Donald Mc Leod
Ilustración de portada de Nacha Márquez

Laboratorio editorial IMAGINISTAS
www.imaginistas.cl
somos@imaginistas.cl

Se prohíbe la reproducción total o parcial de este libro con fines de venta o lucro sin autorización previa. Sin embargo, autorizamos escanearlo o compartir fragmentos para clubes de lectura u otros usos educativos, siempre respetando la integridad de la obra y mencionando al autor.

LAUDES

XELSOI

**IMAGI
NISTAS**

"Nada odiamos más que lo que se nos parece".

Mauricio Wacquez



El placer azota como un terremoto las paredes de Natanael –más bien sus tabiques, de la hechura mezquina que caracteriza la codicia inmobiliaria–. En la profundidad de la madrugada capitalina, un gemido se abre paso. Sus ojos, secos, como salpicados de arena por tanto insomnio. El coito ajeno arremetía contra su noche cual fusta; nada más doloroso que la nostalgia por lo que nunca ha sido. Aplacaba el bullicio con una palabra de aliento, susurrada desde sus audífonos: el video de una sesión de reiki, pero a distancia. Cada artefacto de su pieza, dispuesto como promesa para la persona en que aspiraba convertirse, se remecía. Los pocos cuadros que tenía colgados en las paredes, la colección de figuritas de animé en su repisa, el libro que aún no se animaba a leer que descansaba al borde de la cama. Un par de cosas se habían caído al piso, alfombrado por su ropa sucia. Más allá del abrazo virtual que le daba su terapeuta holística, podía escuchar con claridad el clamor de Paula.

–Sácate el condón.

Comprobó la hora en su teléfono: las cuatro de la madrugada. Dejó sus audífonos sobre la cama, y la mística quedó hablándole al colchón. Fue a la cocina y se sirvió un vaso de agua directo de la llave. Le gustaba el sabor metálico, amargo, que manaba de las cañerías. Pensó en tocarle la puerta a Paula. En no esperar una respuesta y abrirla. Gritarle que se callara, que a diferencia suya él tenía pega mañana. Le pondría énfasis a eso último. Recordarle su cuenta del banco medio vacía, para que se le apretara la guata con miedo y culpa. Imaginó que encontraría a Gabriel sobre ella, desnudo. Una línea firme y derecha partiendo su espalda por la mitad. La piel tostada por sus constantes visitas al litoral. Pudo sentir la sangre apurándosele hacia la entrepierna. Volvió a encerrarse en la pieza y se agarró el pene con una mano. No estaba duro, pero quería estarlo. Pegó la oreja a la pared, buscando con el tímpano una voz de hombre. Una palabra suelta, un resoplido incómodo. No lo encontró. Gabriel, como tantos otros antes, se culeaba a su amiga en completo silencio.

Resignado, Natanael se sentó en el living. Frente a él, una pintura se azotaba contra la pared, a punto de caerse. En ella, un ciervo huía

por el bosque con una flecha clavada en el pecho. Escondido, detrás de un árbol, un niño le sonreía, sosteniendo un arco. El animal tenía la boca entreabierta y los ojos perdidos. Natanael casi podía escuchar su gemido a través del papel. Era una impresión que había comprado en una feria artesanal. Cuando se la mostró, la vendedora le explicó:

–Es una representación del amor.

Pero Natanael no entendió la metáfora.

Paula detestaba el cuadro porque le parecía una celebración del maltrato animal. Una falta de respeto, le dijo en su momento. Quizás por eso culeaba tan duro, teorizaba él, para botarlo de la pared y que se estropeará contra el piso. Pero el cuadro se aferraba, veleidoso, al clavito que lo sostenía. La idea afiló una sonrisa en los labios de Natanael, que se decidió a darle uso a esta, una de tantas noches en vela.

Esta era la cuarta vez en el mes que Paula no lo dejaba dormir; la segunda con Gabriel. Desde que la habían despedido de su trabajo como diseñadora gráfica, había dedicado su tiempo a citas fútiles y sexo casual. Cuando se aparecía con ellos por el departamento y daba la coincidencia de que Natanael estuviese echado en el sillón –lo que era casi siempre, se avergonzaba

él—, ella pasaba directo al baño a darse una ducha y lo dejaba con su veinteañero de turno. Esas entrevistas incómodas en el living, mareadas de preguntas triviales que de vez en cuando fluían hacia una conversación verdadera, eran lo más cercano que Natanael había tenido de una cita. Cada noche, antes de acostarse, fantaseaba con que era él a quien estos hombres visitaban. Que los conocía en un lugar romántico, como una librería o un café, y que lo acompañaban hasta la puerta, donde le daban su primer beso. En su imaginación, eso sí, ellos sí se quedaban a tomar desayuno al día siguiente.

Puso a calentar el agua. Hojuelas de sarro nadaban en el hervidor a medio llenar. En el entretanto, fue a su pieza y recogió la ropa del piso. Sacudió las prendas de las densas pelusas que se acumulaban entre ellas. Tras echarlas a lavar y servirse un café, se sentó a esperar el amanecer en el balcón. Aún los separaban un par de pálidas horas, pero ya lo abrazaba la brisa fresca de la madrugada. Entibiándose las manos con la taza, revisó la torre que se erguía frente a él. Ya se habían apagado las pocas luces que se resistían a la noche. Él espiaba su sueño desde la penumbra. El ritmo de los gemidos de Paula ya no seguía el paso de embestidas decididas y constantes, sino

que se ahogaba en empujones frenéticos. Natanael dio un largo sorbo de café, lamentándose porque no le servía de mucho dormirse a estas alturas, cuando una ventana llamó su atención. Una luz verde que se acababa de encender. La silueta de un hombre, delineada a la perfección por el contraste, apareció bailando sola junto a la ventana. Contorneaba su cuerpo con las manos, marcando el paso de una canción muda. Pegaba las palmas a la ventana, empujaba sus caderas hacia ella, tocándose. El ritmo de su pelvis, desdibujada en la sombra, lo hipnotizaba. Al tiempo que Paula daba su grito definitivo, y Gabriel soltaba un rasposo quejido de entre los dientes, Natanael se derramó bajo su pijama.



Todo el peso de su cuerpo colgaba de sus dedos. Estaba agarrado de una manilla en la micro. El vaivén del tránsito lo mecía como una cuna y se iba quedando dormido, de pie. Soñaba con el bailarín: su cuerpo desnudo pintándose por la primera luz de la mañana. Natanael estaba en la habitación con él, viéndolo desde la puerta, sosteniendo su taza con una mano indecisa. Quería acercarse y tocarlo, pero no se atrevía. Siempre se lamentaba por malgastar sus sueños. Sentía cómo las ojeras se acumulaban bajo sus ojos.

Cuando salió del radio céntrico capitalino y la micro se desocupó, aprovechó de sentarse junto a la ventana. Pasaban por una comuna de casas antiguas y calles adoquinadas. De algunas puertas colgaban carteles con la palabra "motel" escrita en plumón permanente. Su teléfono vibró en el bolsillo. Era un mensaje de Paula. Primero una foto: una taza blanca, manchada de café, junto a un plato de té con queso pegado, sobre

su lustroso lavaplatos. Luego una línea, breve pero incisiva:

Putá, Nato, de nuevo no lavaste
tu loza del desayuno.

Sorry.

Calzó en sus manos unos guantes de látex blanco. El talco que llevaban en su interior le hacía cosquillas en la palma. En su cabeza vistió una malla de tela, que bloqueaba su poco y delgado pelo de caer sobre las freidoras. Esa mañana le tocaba hacer de cocinero. Desde cada límpida superficie de latón le devolvía la mirada su propio rostro cansado. La piel craterosa por el acné, el tabique desviado de la nariz, las cejas tupidas.

Uno de sus colegas, Alejandro, sentado frente a la ventana del *drive-thru*, la única que permitía entrar un rayito de sol a la cocina, le hizo un comentario sobre su aspecto.

—Lo pasaste malito anoche, ¿ah? —le susurró con forzada complicidad, dándole una palmada en el potito mientras pasaba por detrás de él. Natanael le respondió con una risa incómoda, mien-

tras fingía que calentar el aceite en la máquina era un ejercicio que requería toda su atención.

Antes de que fuera hora de abrir el local, ya había un par de niños afuera. Los cigarrillos corrientes en sus manos contrastaban con los rostros pueriles pegados al vidrio de la puerta. Natanael terminaba la rutina de apertura: encender las luces, desinfectar las superficies, prender el resto de las máquinas. Todas, excepto la hielera, que nunca se apagaba. Se acercó a ella, con el brazo firme, preparado para hacer un movimiento rápido. Abrió la tapa y su mano volvió hacia su cuerpo en un milisegundo, como escondiéndose de asco. El vapor de agua manaba como pequeñas llamas blancas desde los cubos. Con su mano enguantada, tomó el cucharón y revolvió los hielos. Figuras negras se asomaron, confundidas, a la superficie; recorrían veloces como si el frío les quemara sus patas. Revolvió hasta que las baratas se volvieron a esconder en las profundidades de la máquina.

—¡Ya! ¡Abrimos! —gritó la gerente a su equipo, con un solo aplauso para llamar su atención, al tiempo que se encaminaba a quitarle la llave a la puerta. Una de sus compañeras fue tras ella, apurándose a borrar con un paño húmedo las marcas de grasa con forma de frentes y narices adolescentes.

Una cosquilla en el antebrazo horrorizó a Natanael. Una barata lo inspeccionaba con sus antenas, que rozaban con sus propios pelos. Intentó espantarla con su otra mano, pero en vez de empujarla, la aplastó. Sintió la viscosidad de su muerte, apenas tibia, empapársele sobre la piel.

—¡Ay, conchetumare! —exclamó en un chillido agudo, más agudo de lo que se debería haber permitido. Tiró los guantes al piso y corrió hacia el baño.

¡Ay, conchetumare!, repetían sus colegas desde la cocina. Lo hacían quebrando la voz, tropezándola en gallitos. La imitación de Alejandro se alzaba maliciosa por sobre las demás. Natanael abrió la llave del baño con toda su potencia. El caudal arrastraba las burlas hacia el drenaje. Refregó con fuerza, despegando los pedacitos de barata muerta desde su brazo. Se quedó esperando en el baño, con el agua corriendo. Un poco de sarro se acumulaba en la rejilla. Intentó despegarlo con su uña, larga por puro descuido, pero no lo consiguió. Imaginaba el turno detenido, atento a su regreso para burlarse de él en su cara. Todavía escuchaba el cuchicheo cruel detrás de la puerta. La uña, ahora húmeda y sucia de sarro, se le deformó. Observó su pulgar, que se veía chato por el esfuerzo.

—¡Ya, córtela! —escuchó ordenar a la gerenta, con su aplauso característico, antes de que apareciera fuera del baño a tocar su puerta—. Nato, necesito que salgai.

Mariana, la gerenta, le parecía apenas una niña. No medía más de metro y medio de estatura y conservaba cierta ternura en su semblante, que Natanael le adjudicaba a que vivía con su familia. Cuando abrió la puerta del baño, ella lo sometió con un gesto compasivo: estiró lo más que pudo su brazo para ponérselo a él en el hombro. Acariciando su clavícula con el pulgar, terminó de humillarlo con sus palabras:

—Tranqui, Nato, ya no te van a huevear más.

El resto de la mañana se la pasó pegado a las freidoras, evitando las miradas punzantes que sus compañeros le dedicaban. Algunos se habían acercado a preguntarle cómo estaba, unos pocos le pidieron disculpas por reírse de él; todos sacaban por lo menos una papita de las que ya estaban secas de aceite. Más cerca del mediodía, cuando sus espaldas ya se tensaban, atentas a la inminente hora de colación, se le acercó Alejandro. Se paró junto a él, el algodón de sus uniformes se rozaba.

—Yo le he dicho a la Mari que avise de las baratas. —Se interrumpió para mascar una papa

frita, luego siguió hablando con la boca llena—. Es mentira que no pueden eliminarlas; si hay insecticidas y todo. Lo que no quieren es cerrar el local un par de días para no perder esa plata.

—No es tan fácil. —Lo imitó, masticando también una papa—. Si estos bichos siempre vuelven. Hay que mantenerlos a raya no más.

—Soi porfíao, hueón —remató Alejandro, pellizcándolo sin fuerza en la guata.



La exagerada llama de su encendedor le quemó las pestañas. Natanael sacudió la ceniza de sus ojos con manotazos avergonzados. Luego le dio una larga y húmeda chupada a su cigarro. En su hora de colación se echaba en un parque junto al local. Por encima de los árboles lo atravesaban gruesos cables de alta tensión. El canto de los pájaros se enredaba con su ronroneo eléctrico. Intentó hacer un círculo de humo, pero lo vio desmoronarse unos centímetros sobre su cara.

Alejandro le había enseñado cómo hacerlos. Debía formar un tubo con la boca y la lengua, mantenerlo entre sus cachetes y empujarlo hacia afuera con suavidad. Lo intentó una vez más. Otro se le desarmaba camino al cielo. Alejandro era un hombre: venas gruesas ornaban sus brazos cuando lo mandaban a entrar la mercadería, se acercaba más de la cuenta para susurrar alguna estupidez al oído de sus colegas y, por su-

puesto, se sabía todos los trucos de los hombres, como hacer círculos con el humo de un cigarro.

Natanael, en cambio, no conseguía encontrar al hombre en sí mismo: sus manos le recordaban a las de un niño por lo suaves y gordas, jamás hablaba primero en una conversación y no sabía hacer ninguna gracia. Recordó la presión de los dedos puntudos de Alejandro sobre su guata. Repitió el pellizcón con sus propias manos. El gesto le estremeció el vientre. Se dio vuelta hacia el pasto y presionó todo su cuerpo contra la tierra. Quería hundirse en ella. Atravesarla.

—¿No hai pensado si querís hacer algo más?

Natanael estaba sentado sobre el piso, en la habitación de Paula. Ella, a medio recostar en su cama, le hablaba mientras dibujaba. Él inspeccionaba las ilustraciones de su compañera, pegadas y colgadas en la pared con un desorden tan armonioso que no podía ser accidental. Paula trascendía la frontera de la carne para desdoblarse en cada rincón de esa pieza; tenía un trazo tan característico que no podía confundirse con ningún otro. Y aunque no lo estaba mirando, Natanael sentía que ella podía verlo a través de los ojos de sus personajes, siempre en una desnudez tan orgullosa que lo aplastaba, lo reducía.

–Es que lo he pensado, pero no se me ocurre qué podría ser...

–¿No tenís algún sueño o algo así?

–No sé, es que no tengo ni una gracia. –Natanael alivianó el comentario con una risa, contento porque Paula se había reído también–. Es fácil pa' ti, que querís ser artista.

–Yo soy artista. –Ella levantó la mirada desde el papel y, como lo sintió Natanael, también desde cada hoja pegada en la pared–. En volá toma un taller de algo. Así te conocís mejor a ti mismo.

–Pucha, es que los talleres son tan caros...

–Ay, que pa' todo tengai que poner ataos, hueón –le respondió, arrancando la hoja desde el croquis. La abandonó, con brusquedad, sobre el colchón. Natanael se levantó un poco para revisar qué era el dibujo. Los trazos curvos le indicaron una figura gorda. Prefirió no seguir mirando.



Pesadas son las horas de la noche cuando el corazón está en silencio. Natanael las aliviaba entre conversaciones fútiles, digitales. En su teléfono, un catálogo de hombres, apretados en una cuadrícula que cartografiaba el placer posible; la mayor parte decapitados por una voluntad pudorosa o reducidos a la profundidad fantasmagórica del anonimato. Natanael era uno de los últimos, carente de cuerpo y rostro, receloso de compartir cualquier verdad suya, a excepción de su edad, que en realidad conservaba porque no había sabido ocultarla.

Dominaba la estructura y la técnica de los chats, siempre similares entre sí: respuestas rápidas para preguntas concretas. Licuado de apariencia, Natanael tomaba la forma que él quisiese a través de sus mensajes. Para cuando el interés lo demandaba, recurría incluso a un álbum escondido en su galería, cargado de varias fotos con los hombres que quisiera ser. El deseo y la

admiración estaban separados por una línea muy delgada. Nunca, eso sí, había concretado un encuentro: ante todo, prefería existir solo a través de la fantasía.

Desde su teléfono rugió la vibración de un mensaje. Así, de incógnito como estaba, eran pocos quienes le escribían; en general, personajes que, desesperados, buscaban saciar un hambre enfierecida. Natanael calculaba los metros de distancia y se daba cuenta de que tal vez estaban en la misma cuadra, si es que no en el mismo edificio. Tenía el miedo irracional de que, por la cercanía, lograsen identificarlo a la mañana siguiente o, peor, le estuviesen tendiendo por adelantado una trampa. Una mitología culposa regía sobre sus pensamientos.

Natanael abrió el mensaje por reflejo, en un gesto vacío de cualquier pretensión. En el chat, la foto de un rostro, seguida por un “saludos” que le pareció anacrónico. Pulsó sobre la imagen para extenderla, frunciendo el ceño en extrañeza. El hombre se parecía a él. A su rostro lo surcaba por lo menos una década más de vida, tiempo que también había despejado de pelo su cráneo. La piel se le asomaba violácea tras las hebras oscuras. Natanael respondió con un escueto “hola”, preocupándose de minimizar la primera letra.

La conversación avanzó a tropezones entre mensajes estériles, hasta que él le pidió una foto y, ofreciéndola a cambio, se adelantó a enviarle una segunda. Frente al espejo, salpicado de una llovizna blanca, un retrato del hombre en zunga; el torso rebalsándose pornográfico por los costados. Natanael admiraba su voluptuosidad, afiebrado por las ganas de que sus huesos se quebraran aplastados por ella.

¿Y tu foto?

Recorrió su colección de avatares, paseando el índice sobre pectorales hinchados y abdómenes pétreos. Podría encantar la noche de este hombre con una ilusión. Pero estaba conmovido por su apariencia, por una osadía que a él le faltaba. Había encontrado a alguien que, tal vez, podía reciprocarse. Así que, envalentonado por el vértigo de la penumbra en que estaba sumida su pieza, decidió buscar una foto suya, una verdadera, para enviarle.

Atravesó su galería, repleta de pantallazos de chistes que no le había contado a nadie, fotos de los perros que acariciaba en la calle y uno que otro romántico atardecer. No tenía mucho ma-

terial de dónde escoger. En la mayor parte de las fotos en que aparecía, figuraba como un personaje secundario en su trabajo, transformado en un servidor. Lo delataban demasiado. No le quedaba más que tomarse una.

Encendió la luz del velador, que lo abrazó en su calidez. Alzó la mano por sobre sus hombros para afilar los contornos de su cara. Dibujó una plácida sonrisa con la comisura de sus labios. Tomó la foto. Contempló su imagen, todavía no con cariño, pero por lo menos con tranquilidad.

Regresó a la aplicación y se dio cuenta de que habían pasado, por lo menos, cinco minutos en el proceso. No encontró el chat en ninguna parte. Desde la galería, su rostro le devolvía una mirada perdida.



El sol todavía hervía el cemento en las calles del centro. Natanael se bajó un par de paraderos antes para caminar durante la tarde. Para retrasar su llegada, en realidad. A esa hora, el reflejo del cielo en las ventanas todavía escondía las rutinas de sus vecinos. Usaba ese término laxamente, para referirse a quienes vivían tanto en los departamentos contiguos como en algunas cuerdas a la redonda. Lo hacía para sentirse parte de quienes arrendaban en las construcciones antiguas, con piso de parqué y techos de tres metros y medio.

Cuando entró a su edificio, saludó al conserje, que apenas levantó el mentón para demostrarle que lo había escuchado. Hizo fila por unos minutos para subirse al ascensor que, pese a las indicaciones que estaban escritas en un costado, en la puerta y en su interior, subió con más gente de la permitida. Junto a él, un tipo reventaba una

guaracha en su altavoz. Natanael le subió el volumen a sus audífonos.

El departamento que compartía con Paula era pequeño. Sus dos piezas colindaban frente a un espacio común que era a la vez living, comedor y cocina. Tenía, también, una pequeña terracita enmallada, en la que de repente se servían una cerveza y se entretenían mirando a los vecinos. Natanael pasó a lavarse las manos. El baño estaba frente a sus dormitorios, junto a la cocina. Un par de gotas le cayeron sobre el pelo: no tenía ventanas y la humedad se acumulaba en el techo. Las dejó deslizarse hasta que le mojaron el cuero cabelludo.

Miró de reojo el lavaplatos: estaba vacío. Le tocó la puerta a Paula, pero no tuvo respuesta. La abrió, despacio, por si estaba durmiendo. La pieza estaba desordenada, con las cortinas corridas y la cama deshecha. Un olor a sudor pesaba en el aire. Las paredes, el piso y los muebles estaban empapelados con los dibujos de Paula. Fue fijándose en ellos a medida que avanzaba: casi todos eran cuerpos desnudos, de un sexo indescifrable, pintados con bloques de colores brillantes. Se preguntó si alguno de esos retratos estaría basado en Gabriel. La súbita fantasía de su carne lo intimidó, así que escapó de ella hacia la ventana.

Desde un ángulo muy específico, desde esa pieza podía verse la calle. Allá abajo, un par de puestos en la cuneta vendían productos robados del supermercado. Cuando ya iba saliendo, Natanael se fijó en el basurero. Un condón usado colgaba desde el borde. Era el de Gabriel.

Gabriel también era un hombre de verdad. Aunque su ropa nunca combinaba, siempre se veía bien. Nunca se callaba y siempre estaba hablando de algo importante, como política o plata. Tomaba mucha cerveza, pero su abdomen se mantenía plano, sólido. Fingía una voz más grave de la que le salía y, cuando se estiraba, sus oblicuos aparecían debajo de su polera como una flecha en dirección a su entrepierna. Natanael agarró el condón y, procurando no chorrearlo, se lo metió al bolsillo.

Cerró la puerta de Paula con tanta fuerza que la pintura del ciervo cayó al piso. No le prestó atención. Se arrojó sobre el sillón con el corazón golpeándole el pecho. Se sacó la polera y la tiró a sus pies. Se desabrochó el pantalón y, con el condón en la otra mano, se masturbó tan desesperado que sintió una puntada en el frenillo. Esto lo obligó a tranquilizarse.

Fantaseaba con el cuerpo dorado de Gabriel encima del suyo, con apretar su carne recia y la-

mer el ácido de sus rincones. Imaginó el dolor punzante de sentirlo enterrarse en él; deseaba que fuese tan placentero como el porno se lo había prometido. Metió un dedo dentro del condón. El semen había perdido su espesor y se había transformado en una leche agria dentro del látex. Empapó con él su índice y se lo metió tan adentro como pudo. Mientras lo hacía, conjuraba su nombre, repitiendo los mismos versos que tantas noches había escuchado a Paula recitar.

A punto de acabar, con la imagen de Gabriel atragantándolo, agarró el condón y succionó todo su contenido. El amargor del semen le provocó una arcada, pero en esa misma reacción, con todo su cuerpo retorciéndose, estalló. Lo hizo con tanta fuerza que cayó hasta en su propia cara. Se la limpió con el brazo, pero dejó el resto de las gotas bajar con lentitud desde su torso hasta el sillón.

Estaba demasiado agotado para levantarse a buscar una toallita. Ahí se quedó dormido, desnudo, en la mitad de su departamento.